

Marzo  
1918

# PACIFICO

## MAGAZINE

Precio:  
15 PESO





Boonenburg

# El General Boonen Rivera

Por

ARMANDO DONOSO

Con fotografías

Libros, libros y más libros: en pequeñas estanterías arrimadas a los muros, en grandes muebles, sobre la mesa de trabajo; en una pieza cercana donde un ayudante escribe; en el cuarto contiguo; en los rincones y hasta sobre las sillas. De variados tamaños: pequeños volúmenes en rústica, libros regordetes en todos los idiomas, folletos dispersos, novelas, obras de historia, tratados militares: Julio César y Macaulay, Barros Arana y Vicuña Mackenna, Ollivier y Moltke, Pérez Galdós, Bulnes, Gutiérrez; baterías de volúmenes alineados por materias. Cubriendo las paredes del escritorio cuadros que representan ora la proclamación del imperio alemán en la sala del palacio de Versalles, donde destacan sus uniformes brillantes el rey de Prusia rodeado de todos los reyes alemanes y cerca del estrado del trono las figuras de Moltke y Bismarck; escenas de la guerra del 70: la capitulación de Sedán, y la pequeña tela donde aparece un parlamentario francés que se acerca a Guillermo I. Directamente sobre la mesa de trabajo, desde lo alto en el muro, el retrato de Bonaparte domina en aquella sala que al instante denuncia la morada de un militar; no muy lejos, el de Moltke y en un rincón el de Guillermo el Grande. Por aquí y por allá, dispersos, colgados, varios grupos fotográficos: uno representa numerosos militares extranjeros, entre quienes se ve, en primera línea, al general; en el margen, se puede leer: Kaiser Manöver, 1892. Otro es una fotografía tomada también en las maniobras alemanas. Entre ambos una instantánea borrosa del Presidente Roosevelt y del general. Entre los libros y sobre las estanterías, balas de todos tamaños: de rifles, de ametralladoras, de cañones; partidas longitudinalmente, dejando ver sus mecanismos de relojería.

De pronto resuenan los pasos firmes y acompasados del general que se acerca por

una de las galerías. Ya llega; ya está aquí. Entra a su sala de trabajo, cierra tras él la puerta y mientras raspa una cerilla para encender un cigarro, nos invita a sentarnos cerca de él. De estatura más que regular, grueso, de anchos hombros y fiero rostro: en su frente espaciosa y muy cerca de la sien derecha, muestra la cicatriz profunda de la bala que estuvo a punto de arrebatarle la vida en un duelo. Quien le ve no se siente dispuesto a compartir su charla; aparentemente se os figura un hombre de carácter duro, de ademanes bruceos, de gestos impertinentes. El error se desvanece bien pronto si le escucháis un momento: cordial, amable, sencillo, descubrirá inmediatamente en él quien le trate un carácter franco y un corazón bondadoso. Su verba es fácil, precisa, espontánea: habla sin poner en ella el ademán de ningún esfuerzo. Luego en ese fluir de sus ideas se advierte al hombre de selecta erudición: la cita es siempre oportuna, el razonamiento lógico, el recuerdo feliz. Sus conocimientos históricos, geográficos y militares son completos: a cada instante, mientras habla, se levanta de su asiento para tomar un libro de sus estanterías y verificar la autenticidad de un nombre o de una fecha u ojear un atlas a fin de mostrarnos una región o una ciudad.

—General, le decimos al iniciar nuestras preguntas, es corriente la idea de que su apellido es de origen inglés y de ello proviene la errada pronunciación del público que lee la doble o como u, siendo que Boonen es de origen tan flamenco como Waterloo.

Y él nos responde inmediatamente:

—Exacto. Mi familia es de origen flamenco, pero aquella parte flamenco que perteneció a los Príncipes Obispos de Lieja, que formaban parte del Santo Imperio Germánico. La familia Boonen estaba establecida

en Saint Trond, más de trescientos años, ciudad ésta que está muy cerca de Tongres y que figura en los Comentarios de Julio César. Fué una de esas familias flamencas que nunca quisieron aceptar títulos de nobleza. La primera mención que se hace en la tradición histórica de algún Boonen es formando parte del contingente flamenco o del contingente del Limburgo que, unido a las fuerzas flamencas a las órdenes de Pedro Corrine en la batalla de las Espuelas de Oro (Courtray 1302) estableció la superioridad de la infantería sobre las masas de la nobleza francesa, hecho que, confirmado por las batallas



El primer retrato del general: su madre, doña Urzuía Rivera de Boonen, le tiene en su falda junto a una hermanita

de Cressy y Azincourt, de la Guerra de Cien Años, entre Francia e Inglaterra, produjeron una profunda evolución en el arte militar, dando origen a la creación de los ejércitos permanentes que sustituyeron a la nobleza desorganizada, indisciplinada, que hasta entonces había tenido a su cargo la defensa de la patria.

—¿En qué época vino por primera vez alguno de sus antepasados a América?

—Mi padre llegó a las costas de la América del Sur a bordo de la "María Luisa", buque de guerra belga que vino a presentar a las Repúblicas de la costa del Pacífico la bandera del nuevo Reino, constituido en 1830, entablando con ello las primeras relaciones comerciales. Recuerdo que mi padre me contaba que, habiendo arri-

bado al puerto de Cobija, quiso el buque saludar la bandera boliviana y no lo pudo hacer, consignando ésto en el libro de Bitácora, porque el saludo no pudo ser contestado desde tierra a pesar de la buena voluntad de las autoridades bolivianas, por haber sido internados los cañones de que disponían a fin de vitar que los peruanos se los tomaran. Tengo en mi poder un libro que me ha sido obsequiado por uno de mis alumnos de la Academia de Guerra, el teniente coronel Cañas Irarrázaval, que está dedicado a mi padre como un recuerdo de su sangre fría al doblar el Cabo de Hornos en una tempestad espantosa, que no le impidió subir al puente a fumar su rigarro como de costumbre. La obra es de Marnier y perteneció a la biblioteca del doctor Delfin, de Valparaíso. La dedicatoria dice así: "Eduard Boonen, Doublant le Cap Hoorn a bord de la Barque Belge Ambiorú le 18 Marz 1847 par un tempéte efroyable a qui ne lui a pas empeche de fumer son cigarre sur le pont". Mi padre se estableció allá por el año 51 en Valparaíso; hizo buenos negocios y se casó con mi madre, hija del general don Juan de Dios Rivera y de doña Rosario Serrano, estableciéndose definitivamente en Chile, que no abandonó hasta 1870 para ir a ver a su familia y llevándome a mí al colegio. El general Rivera, que ha sido una figura desconocida en la Historia de Chile, hizo todas las campañas de la Independencia; era íntimo y primo hermano del general Freire y fué su colaborador en las campañas contra Benavides, en la pacificación del territorio que es hoy la provincia de Concepción y Bío-Bío. Doña Rosario Serrano, mi abuela, fué de las mujeres patriotas que estuvieron en el sitio de Talcahuano por Benavides, donde ella recordaba que tuvo que entregar su refajo de lana para tacho de cañón.

—Cuando fué llevado usted, general, por su padre a Europa en 1870, ¿se quedó en Bélgica en algún colegio durante muchos años?

—Sí; fui colocado en el Ateneo Real de Bruselas, donde estuve tres años practicando mis estudios. Recuerdo que, entre mis compañeros de armas, fuí muy amigo con Priam Nothomb, hijo de un Ministro de Estado y que ahora acaba de publicar esos manifiestos tan hermosos sobre la cruel situación porque atraviesa Bélgica en estos momentos. Después estuve dos años, hasta la entrada a la Escuela Politécnica de Bruselas en casa de Mr. Salkin, profesor de física en la Escuela Militar y en la Universidad de Bruselas, que admitía a cinco alumnos por año. En ese período mis compañeros de aula fueron el marqués de Fleurizone, Jorge y Carlos Moncrieff-Wilson, jóvenes ingleses que venían a aprender el francés al continente, hijos del presidente de la gran Compañía de Seguros "The Queen" y muchos otros que el día de hoy figuran en las filas del ejército belga o en su Cuerpo Diplomático. Con los Moncrieff-Wilson pasé el verano, los meses de julio y agosto de 1874, en Esco-

cia y pude ver lo que era el lujo y la cordialidad de los magnates ingleses. Los señores Wilson eran dueños de una granja que se llamaba "The Granite Farm", cerca de Aberdeen, en el extremo norte de Escocia: el programa diario era suficiente para agotar las fuerzas del más fuerte, pues consistía en cacerías de zorro, pesca de salmón, juego de croquet por la mañana; paseos de a caballo o en coche en la tarde; banquete a las ocho y cuarto de la noche y baile en seguida hasta la una de la madrugada. Pero la cordialidad era tanta y el ambiente era tan simpático que esos días pasados los recuerdo entre los más agradables de mi vida.

En 1875 entré en la Universidad, a la Escuela Politécnica, a la cabeza del curso, y en 1877 vine a ver a mi familia a Chile, debiendo regresar en 1878; pero mi estada aquí se prolongó hasta los comienzos de la guerra del Pacífico. Entonces se hallaba de Ministro de la Guerra mi tío político don Cornelio Saavedra, el pacificador de la Araucanía, quien, deseoso de que los jóvenes de la familia hiciéramos la camapaña y haciéndome presente que tendría muchas cosas que contar a mi regreso y que la guerra sería corta, me hizo ingresar de subteniente al regimiento Coquimbo, que organizaba el comandante don Alejandro Gorostiaga. Me incorporé al batallón Coquimbo a mediados de ese mismo año; como compañeros de Santiago tuve a Luis Larraín Alcalde, muerto en la batalla de Chorrillos, y a Francisco Ariztía Pinto. El resto de la oficialidad se componía de los jóvenes más distinguidos de La Serena, y sus familias nos hicieron una acogida que nunca podríamos olvidar. ¡Qué agradable era la sociedad de La Serena en esa época, y cuán distinguida! Las familias Astaburuaga, Varela Muñoz, Munizaga, Edwards, Valdés Magallanes, todas a porfía nos colmaron de atenciones y la despedida del batallón, cuando se embarcó en los primeros días de octubre para ingresar al ejército de operaciones, fué un acto que todavía se recuerda en La Serena y que demostró la altivez del patriotismo de esas conspicuas familias que entregaban sus hijos para recibir, como dijo en una solemne ocasión Isidoro Errázuriz, las frías caricias de la muerte antes de entrar a la vida pública...

—¿En el batallón Coquimbo hizo toda la camapaña del norte?

—No; del Coquimbo, en el cual asistí a la batalla de San Francisco o de Dolores, como la han designado, pasé al regimiento de artillería número 2, por pedido de su entonces comandante don José Velásquez, a quien había conocido en la hacienda de Colcura... En el regimiento número 2 de artillería asistí a las batallas de Taena, Chorrillos y Miraflores, y durante nuestra permanencia en Taena hice, en compañía del actual general señor Silva Renard, la expedición de Ticaco, a las órdenes del coronel don Orozimbo Barboza. En Ticaco hicimos prisioneros a Pradito, hijo natural del Presidente Prado del Perú, y que, como un héroe, defendió solo

el paso de un desfiladero contra una compañía desplegada del regimiento Lautaro y que debió su vida a la sangre fría con que en el momento en que uno de nuestros soldados le iba a hacer fuego a quemar ropa sacó su reloj del bolsillo, se lo arrojó y el roto por pelotear el reloj no lo mató, dando tiempo con ello a que llegara un oficial del Lautaro y lo tomara prisionero... Después de Chorrillos y Miraflores recuerdo que, durante la ocupación de Lima, tuve que mostrar los campos de batalla de Chorrillos y Miraflores al almirante Sterling, que enarbolaba su insignia a bordo del "Triumph", y que ha-



Retrato de la época en que fué llevado por su padre a Europa.

bía destacado dos de sus oficiales, el comandante Acland y el teniente Curry Brenton, que, respectivamente, estuvieron en las filas chilenas y peruanas y en compañía de los cuales y con el alférez don Alberto Bravo Vizenaya, llevamos al almirante a San Juan, Miraflores, Magdalena, Salto del Fraile, Santa Teresa, oyendo nosotros las explicaciones que al almirante daban los oficiales nombrados e imponiéndonos de lo que el teniente Curry Brenton contaba sobre los preliminares de la jornada de Chorrillos. Recuerdo que decía Curry Brenton que Piérola nunca dudó de que nos estrellaríamos de frente contra las posiciones elegidas por él, evitando en volverlas por su ala izquierda como era posible y lo había demostrado el Ministro de Guerra en campaña, don José Francisco Ver-

gara. Según esos recuerdos, Piérola estimaba tan fuertes las posiciones de su ejército que, conversando con altos jefes peruanos, les había manifestado que bastaría con que sus soldados se comportaran un poco mejor que mujeres para rechazar nuestro ataque, pero que cometió el enorme error de hacer confesar a los indios que constituían la mayoría de sus fuerzas y como éstos solo se confiesan en artículo de muerte, se dieron por perdidos desde el primer momento. Esa depresión de ánimo de la mayoría del ejército peruano y la enorme extensión mal guarnecida que abarcaba su línea, frente a la superioridad moral que daba la resuelta ofensiva del ejército chileno, fueron los dos factores principales de las dos importantes victorias de Chorrillos y Miraflores. La batería en que yo formaba parte era mandada por el capitán don José Antonio Errázuriz Ortúzar, quien había reservado un par de guantes blancos para usarlos el día de la batalla, y teniente de la batería era el actual general don Roberto Silva Renard. Yo tuve a mi cargo la sección de la derecha y desde una pequeña altura situada al sureste de Villa Cañoncamos energicamente pero a larga distancia las líneas peruanas de San Juan y en seguida las del Salto del Fraile. Durante la batalla pasaron por nuestra batería don Patricio Lynch, comandante de la primera división; don Gregorio Urrutia y el comandante de la primera brigada, que después ha sido general, don Domingo Amunátegui, quienes aplaudieron la aparente eficacia de nuestros fuegos y la brillante actitud del capitán don José Antonio Errázuriz. A las 4 de la tarde, más o menos, el capitán hizo tocar diana para saludar al general Baquedano que pasaba a corta distancia de donde nos encontrábamos y poco después se instalaba la batería al oriente de la escuela de cabos y a las puertas de Chorrillos, en los momentos en que la batalla había cesado y en los que empezaba el incendio de Chorrillos por los dispersos, tanto chilenos como peruanos, que fueron los causantes de la destrucción de esa hermosa localidad y que fué imposible evitar a pesar de las energicas medidas que se trataron de tomar por la falta de elementos para combatir el fuego y por el peligro que envolvía el acercamiento a las casas, donde soldados ebrios, tanto chilenos como peruanos, no reconocían a sus jefes y oficiales.

Después de haber llevado al almirante Sterling, en compañía del alférez Bravo, a los campos de Chorrillos y Miraflores, a mediados de febrero, y con permiso del general Baquedano, vine a Santiago llegando hasta Coquimbo nada menos que a bordo del "Triumph", ya que el almirante había sido tan obsequioso para traerme en su buque hasta Coquimbo, como dejo dicho. Comandaba el "Triumph" el capitán de navío Markham, que había sido el compañero y segundo en la expedición de Nares, al Polo Norte y que durante mucho tiempo fué el

individuo que había alcanzado la mayor latitud norte, pues esa expedición penetró por la bahía de Baffin. Markham me contó cu- riosos detalles de esa renombrada expedición: entre ellos recuerdo las penas que había impuesto a la partida expedicionaria, que en trineos trató de alcanzar el Polo, un barril de cerveza obsequiado por la ciudad de Dublin para que se bebiera en la más alta latitud que alcanzara la expedición y que los obligó a veces andar hasta una milla en veinticuatro horas debido a la dificultad del arrastre; pero, que cumpliendo con el obsequio de los obsequiantes, había sido bebido en el confluente donde llegaron. El mismo Markham es el que después, siendo almirante, segundo jefe en la escuadra del Mediterráneo, tuvo la mala estrella, cumpliendo de las órdenes del almirante Tryon, de embestir con el espolón al buque almirante inglés "Victoria", y que originó un proceso ruidoso allá por el año 92 o 93 en Inglaterra. Al almirante Markham he tenido oportunidad de verlo en Londres en 1894 y en 1909; él recordaba siempre su estadía en las costas de Chile y la visita que hizo a Santiago en 1891.

—Durante esa su estadía en Santiago, ¿fué destinado a algún nuevo servicio en el Ejército o volvió pronto al norte?

—Estando aquí, en Santiago, en 1881, pasé como teniente al regimiento sexto de línea Chacabuco, que se había fundado sobre la base del de guardia nacional movilizado Chacabuco, que tanto se había distinguido en la campaña a las órdenes del coronel don Domingo de Toro y Herrera. El regimiento de línea Chacabuco lo organizó el coronel don Marcial Pinto Agüero y en octubre de 1881 el primer batallón fué enviado a reforzar la guarnición de Lima, dejando los cuadros de dos compañías acá, que, a las órdenes del 2.º jefe señor Quintabala, fueron enviados a Tarapacá en noviembre a oponerse a una supuesta invasión de fuerzas bolivianas que se dijo iban a bajar por la quebrada a Tarapacá y que al ver que no había nada de efectivo fueron llevados a Lima a incorporarse a su regimiento. El Chacabuco, en 1882, formó parte de la división que, a las órdenes del coronel don Estanislao del Canto, recibió orden de despejar la línea del Orova y de ocupar Tarma, Jauja y Huancayo, a cuyas puertas, en el combate de Pucará, batió a las fuerzas peruanas que habían estado amagando las sierras y que en un momento habían llegado hasta Maturana. Concluida la expedición al interior la división recibió orden de regresar a Lima después del ataque de nuestros puestos avanzados en Zapallanga el domingo 9 de julio de 1882. El comandante Pinto, que tenía destacada una compañía del Chacabuco en Concepción, tuvo la intuición del tremendo ataque que iba a tener que sufrir esa compañía, y que nos valió el inmortal episodio de La Concepción. La preocupación del comandante Pinto por su fuerza destacada sólo se calmó cuando, a las 4 de la tarde, más o



Salida del Batallón Coquimbo de Antofagasta en 1879. El general aparece en segunda fila, marcado con el número 15.

menos, de ese día, llegó el correo de Lima que, habiendo pasado por Concepción más o menos a las 12 del día, traía el parte del teniente Carrera de que no había novedad en esa plaza. Ese mismo correo traía en su valija los despachos del capitán don Ignacio Carrera Piato, quien fué dado reconocer la orden del cuerpo precisamente en los momentos en que comenzaba su sangrienta e inmortal defensa del cuartel que se desplomó sobre sus hombros, incendiado desde la torre de la iglesia y en el cual, sobre sus ruinas, quedó flameando la bandera izada por él y que ninguna mano enemiga logró ultrajar. Ese mismo correo había traído mi nombramiento de capitán ayudante de la Escuela Militar, que me fué transcrito en la plaza de Jauja después de que habíamos recogido y dado sepultura a los restos de nuestros pobres compañeros y de recoger en La Concepción los detalles de la forma en que se había llevado a cabo ese episodio tan brillante de nuestra historia militar. Me parece que veo todavía la cara de sufrimientos del teniente Montt que, estando herido, fué acostado sobre las brasas ardientes en la plaza de Concepción por los indios salvajes, y la cara de tranquila satisfacción en el rostro risueño de niño, del pobre subteniente Cruz, cuyo cuerpo encontramos como a cincuenta metros del cuartel, al oriente de la iglesia y en el camino hacia Huancayo, y la actitud del teniente Carrera, del subteniente Pérez Canto, de los sargentos Silva y

Rosas, que murieron en la puerta misma del cuartel, cubriendo la entrada con sus cuerpos.

—¡Tuvo que correr usted, general, muchos riesgos personales durante la campaña!

—Oiga usted. Agregado al Estado Mayor del coronel Canto, desde el puente del Oroya, me cupo llevar a Lima, pasando por entre los montoneros que habían sujetado al destacamento del teniente Stephan, las comunicaciones que el coronel Canto enviaba al cuartel general, comisión que cumplí con tres soldados de Cazadores y un cabo y donde llegué a Casapalca y entregué al jefe de Estado Mayor General, don José Francisco Gana la comunicación que me había sido confiada. En compañía del general Gana regresé a Lima, donde fuí recibido por el general en jefe, don Patricio Lynch, a quien hice una menuda relación de lo ocurrido en el interior y que sirvió de base para publicar ese primer artículo sobre el combate de La Concepción que se halla inserto en el diario "La Situación", de Lima.

Muchos y muy variados episodios de la campaña del Norte recuerda el general. Pero no todo se puede decir: hay aún quienes viven y no escuchan con el mismo agrado las verdades que las ficciones. La historia no es a veces una gran justiciera: el tiempo silencia tantas cosas y circunda con rosada aureola las cabezas de mártires, valientes y traidores. La verdad no es fácil de que los vivos la puedan expresar del todo: en cada



Retrato de alférez en el regimiento de artillería Tacna

silencio suele callarse a veces un capítulo entero de la historia que habría bastado por sí solo para que ésta hubiera sido escrita de una manera enteramente diversa. Pero todo no se puede decir y, cuando menos se piensa, llega la muerte y se lleva con ella el secreto de tantas verdades!

Nos refiere el general un curioso episodio de esa su jornada a Lima, cuando se le envió con comunicaciones urgentes desde Oroya. Llegaron por la noche a Casapalca y se asilaron en una casa desocupada, introduciendo las cabalgaduras en las piezas. Pero, he aquí que en un momento de descuido los soldados prendieron una vela, que colocaron tras un postigo de tal modo que si de adentro no se veía su lumbre era para el exterior un faro que los montoneros podían claramente percibir desde las sierras. De pronto y cuando estaban más tranquilos, el general entregado al sueño, sintéase ruido en el exterior: culatazos dados contra la puerta y grandes golpes como intentando derribarla. Unánimemente pensaron todos que no era otros que los montoneros. Entonces el general dió orden para estar alerta, pues tan pronto él abriera la puerta deberían partir, abriéndose paso por entre los montoneros. Si él caía otro se encargaría de hacerse cargo del mensaje. Así discurrían cuando oyeron

afuera voces conocidas y bien pronto cayeron en la cuenta de que se trataba de un destacamento chileno que andaba ea reconocimiento. Grande fué, pues, el gozo del general, de los tres soldados y del cabo, quienes de antemano se tenían por muertos.

—De regreso, general, ¿continuó prestando usted sus servicios en el ejército como durante toda la campaña o se trasladó a Europa a continuar sus estudios que había dejado interrumpidos?

—Continué como ayudante en la Escuela Militar. Allí pude ver de cerca el vacío del plan de estudios del establecimiento en aquella época y las erradas prácticas que se seguían en la instrucción de nuestros futuros oficiales, cuyo bagaje técnico se componía sólo de la ordenanza general del Ejército y de los reglamentos tácticos de infantería, caballería, artillería, aprendidos al pie de la letra sin ninguna aplicación práctica en el terreno. Se estudiaban igualmente rudimentarios elementos de fortificación y los ramos de humanidades y matemáticas que entonces se exigían para el bachillerato; siendo válidos los exámenes de la Escuela Militar, los mejores alumnos optaban por las carreras civiles con desmedro del reclutamiento de los cuadros del Ejército.

Calla un instante el general y, aprovechando la interrupción, le preguntamos:

—¿Fué por esos años cuando emprendió su viaje a España, agregado al personal de nuestra Legación en Madrid con don Patricio Lynch?

—Todavía queda algo por contarle. De la Escuela Militar, y a pedido del general Gorostiaga, el vencedor de Huamachuco, salí como ayudante en el Estado Mayor para el norte, a fin de hacer la campaña de Arequipa en 1883 y al concluir la guerra formaba parte de la comisión exploradora destinada a levantar las cartas de Tarapacá y explorar la Quebrada de Camarones. Me encontraba en la Quebrada de Camarones en septiembre de 1884 cuando fui llamado por el Gobierno para servir de ayudante personal y de agregado al vice-almirante don Patricio Lynch, quien deseaba llevarme en calidad de agregado militar a la Legación de España, a fin de reanudar las relaciones con la madre patria después de la guerra del Pacífico de 1886. La Memoria que presenté al Gobierno sobre la Quebrada de Camarones, límite norte del territorio definitivamente adquirido por Chile, se encuentra inserto en el tomo once del "Anuario Hidrográfico" y ha sido muchas veces comentada en el Senado y discutida por la prensa tanto chilena como peruana. Esa Memoria me captó la buena voluntad del Presidente don Domingo Santa María, con quien más tarde tuve relaciones tanto de servicios como particulares, bastante estrechas.

—¿En qué época partió usted a España, general?

—La misión zarpó de Valparaíso a mediados de octubre en el vapor "Britania"; y acompañaba al vice-almirante en calidad

de secretario don José Toribio Medina, que iba a reanudar en España sus interesantísimos estudios sobre la bibliografía americana y la historia patria en tiempos de las colonias. Oficial de la Legación, o segundo secretario, era don Alberto Solar, y agregado civil don José Luis Lecaros. Durante el viaje, en las largas conversaciones del almuerzo con don Francisco Subercaseaux y con el personal de la Legación, nos contó muchas anécdotas sobre los servicios que habían estado a su cargo en Lima y me insistía a diario sobre la necesidad de estudiar una buena planta de Escuela Militar e institutos técnicos que dieran la instrucción necesaria al arma de artillería y al servicio de Estado Mayor, porque había podido comprobar él los vacíos con que esos servicios habían funcionado durante toda la campaña contra el Perú. Hablaba también el almirante sobre las negociaciones de paz que se habían llevado a cabo y lamentaba que no se hubiera podido realizar el plan de alta política que había perseguido don Domingo Santa María, y que tan duramente es combatido por don Gonzalo Bulnes en su "Historia de la Guerra del Pacífico". Recuerdo perfectamente, ya que después, a mi regreso en Chile, lo oí nuevamente de labios de don Domingo, que las negociaciones secretas que él había iniciado durante la primera campaña de Tarapacá, tendían a obtener que Bolivia se retirase de la contienda efectiva y se mantuviera como espectador hasta la iniciación del tratado de paz, al cual debía concurrir para poder arreglar en forma definitiva la cesión de su territorio que debía unir nuestros antiguos límites con los que trazaba el tratado de Ancón. Bolivia, apoyada por nosotros, hubiera obtenido entonces al norte de Arica una faja de terreno que le permitiera salir al Pacífico y en compensación cedería al Perú los terrenos litigiosos de Santa Cruz del Beni, que Alberto Gútierrez, al hablar de estos sucesos en su obra "La guerra de 1879", estima más extensos y ricos que el de Tarapacá y debía Chile favorecer, por medio de su crédito, la construcción de las líneas férreas que debían dar vida y prosperidad a las inmensas riquezas de la altiplanicie boliviana. Esperaba el Presidente Santa María que, merced a concesiones mutuas en un tratado de comercio entre Chile y Bolivia, se hubiera formado una unión tan íntima que el desarrollo futuro de estos países se hu-

biera hecho de acuerdo y persiguiendo comunes ideales. Ud. ve que si se hubiera seguido esa política previsora no habíamos tenido la espina de la cuestión de Tacna y Arica, y Chile, ayudado moral y materialmente por Bolivia, se hubiera encontrado en situación muy distinta para resolver la cuestión de límites con la República Argentina, que estaba entonces pendiente, y, por fin, el desarrollo de las futuras vías de comunicación bolivianas conectadas con nuestras vías comerciales, nos habrían asegurado para el porvenir una fuerza tan consistente, toda proporción guardada, como la es la del actual imperio alemán con el imperio austro-húngaro.

Repasando el libro del historiador y diplomático boliviano don Alberto Gútierrez, "La guerra de 1879", hemos leído en uno de sus capítulos y al referirse a las proposiciones de arreglo insinuadas por el Presidente Santa María al general Daza, por intermedio de don Gabriel René Moreno, escribe: "Ese sentimiento de fidelidad a la alianza peruana continuó siendo bandera de partido en Bolivia y para muchos ha continuado como artículo de fe y de dignidad nacional aún en vista de que el aliado favorecido con tan heroica e inalterable lealtad se ocupaba de invadir sistemáticamente los territorios setentrionales de Bolivia hasta inovar los títulos de posesión que le hicieran ganar el territorio entero, mucho más extenso y rico que el de Tarapacá que había perdido en la guerra del Pacífico".

Una llamada al teléfono, luego otra y otra. Impacientado el general se alza de su asiento y va hacia el interior de la casa a llamar a un criado. Transcurren algunos minutos. Cuando vuelve nos dice:



El actual jefe del Estado Mayor en Estados Unidos; Poultney Bigelow, hijo del Ministro de Estados Unidos en Berlín, que iba a jugar con los principitos imperiales y el general Boonen. Fotografía tomada en Berlín en 1893



Retrato de la época en que era capitán en la Escuela Militar

—Continuamos... ¿decíamos?...

Entonces nosotros le interrumpimos con esta pregunta:

—¿No quedaban sentimientos de rencor contra nosotros en España en la época de su arribo, ocasionados por la guerra del 66?

—Por el contrario. El almirante Lynch fué recibido en la forma más honrosa y más cordial que se pueda imaginar. Al llegar a Madrid y antes de presentar sus credenciales recibía ya la Gran Cruz del Mérito Naval y los términos tan lisonjeros con que Su Majestad Alfonso XII contestó su discurso de recepción conmovieron profundamente al señor almirante, pues Su Majestad dijo que era una prueba evidente que él apreciaba en todo lo que valía el hecho de que Chile confiara su representación a una personalidad tan eminente como la del almirante, que había sabido granjearse la gratitud del pueblo español con los honores tributados a los restos de los marinos españoles cuando fueron trasladados de la isla San Lorenzo a Lima: hechos eran éstos que constituían la mejor prueba de la sinceridad y de la cordialidad con que Chile reanudaba sus relaciones con la madre patria. En el Círculo de la Corte se siguió a la presentación, cuya solemnidad no había podido menos que impresionarme, el rey habló extensamente con don José Toribio Medina y a mí me dirigió varias preguntas sobre la campaña de la Sierra y el papel de la artillería de montaña, que probaba que Su Majestad había seguido las operaciones con particular atención.

—¿Qué recepciones recuerda con especial

interés de las que en ese entonces se verificaron en la Corte?

—Asistimos en 1885 a la solemne recepción que tiene lugar en el cumpleaños de Su Majestad y tengo todavía frescos los recuerdos de la impresión que nos causó la entrada de los reyes al salón del trono precedido por los maceros de Castilla, los monteros de Espinosa, la guardia de alabarderos y el desfile en seguida de la grandeza de España y de las corporaciones del Estado. Grabada se me ha quedado la gracia y dignidad con que la Reina Cristina contestó el saludo al Cuerpo Diplomático y después Sus Majestades, acompañados por los infantes, tuvieron una palabra amable para los principales miembros del Cuerpo Diplomático y en especial para el almirante Lynch. Todo el personal de la Legación fué presentado a las infantas doña Isabel y doña Eulalia.

—Respecto de su dilecciones militares, ¿emprendió algún estudio especial durante su estada en Europa?

—En Madrid empecé mis estudios sobre los ejércitos europeos y en abril de 1884 pasé un mes en la Academia General de Toledo imponiéndome a fondo del plan de estudios de ese establecimiento y de su organización. Como prueba del cariño y de las atenciones con que me rodeaban, recuerdo que el Cardenal Arzobispo tuvo la bondad de hacerme mostrar el tesoro de la Catedral, donde se conserva la patena mandada hacer por Isabel la Católica con el primer oro llevado de América por Cristóbal Colón y las intensas riquezas artísticas que, en forma de ornamentos, muebles y joyas, contiene ese verdadero tesoro. Pude ver armas y encajes de los siglos catorce y quince, de un valor incalculable. Se ha dicho que el barón de Rotschild consiguió unos por el precio de cien mil francos y que sirvieron de velo para el matrimonio de su hija. Los estiales tapizados de cuero de Córdoba, contemporáneo de la dominación mora, etc., etc. En la Catedral se encuentra la tumba de don Juan Padilla, el jefe de los comuneros de Castilla y entre las muchas curiosidades que tuve el tiempo de conocer en detalle, durante mi estada en Toledo, debiera mencionar al San Juan de los Reyes, cuyas paredes están cubiertas con los hierros de los cautivos redimidos por Carlos V en su expedición a Argel, y el balcón donde oyeron misa los reves católicos al partir para la expedición de Granada. Era tal la atención con que se me rodeaba que el general Galviz, jefe de la plaza, mandó uno de sus ayudantes para ver cómo estaba instalado en la fonda del Lino, donde yo vivía, y al saber que se me cobraba dieciocho duros mensuales por una pensión que yo estimaba regia y que comprendía casa, desayuno, almuerzo, once, comida y cena con vino a discreción, me dijo que me estaban robando, pues aquello no valía sino quince duros. Tuve que protestar ante el señor general, pues no veía que me pudieran robar, puesto que me tra-

taban con consideraciones especiales. Recuerdo que esa vez aproveché la oportunidad para conversar familiarmente con el general: nos engolfamos en una amena charla, en que se trató de las relaciones recíprocas de España con sus antiguas colonias. El general me preguntó si había todavía resentimientos contra España en Chile, y como yo le contestara que los españoles entre nosotros eran mirados absolutamente como hermanos, le supliqué me permitiera preguntarle a mi vez si España sentía la independencia de sus colonias; el me replicó: "Ca, si eso fué un pleito de familia; fueron los chicos que llegaron a su mayor edad y dijeron. Me caso.—Pues no te casas—contestó ella—son todavía demasiado jóvenes.—Que me caso—repitió el chico. Riñeron; pero los padres, al ver en seguida cómo esos chicos prosperaban y cuánto honor hacían a la cepa de donde habían salido, como lo acababan de demostrar las guerras del Paraguay y la del Pacífico, todo se olvida y el cariño se hacía más intenso y más sólido que antes." Tuve oportunidad de confirmar que la fórmula que el general aplicaba a las relaciones entre España y sus antiguas colonias era profundamente exacta y en mis viajes siempre he encontrado el mayor cariño y el mayor interés en los españoles bien nacidos y en las embajadas que mantienen en el Viejo Mundo. Para mí mi estadía en España es uno de los recuerdos agradables de la vida y sería ingrato si no correspondiera con cariño a la forma tan amable e hidalga con que fui recibido por la alta sociedad madrileña y por los compañeros del ejército español, con quienes, en todas partes, en Pa-

ris, Madrid y Bruselas he estado en relación.

—¿Realizó algún viaje por el resto de Europa?

—Sí: de Madrid, cumpliendo órdenes del Gobierno, me fui a Berlín para prepararme a entrar a la Academia de Guerra de Prusia, lo que, desgraciadamente, no pude conseguir porque el Gobierno Imperial había suspendido la misión de oficiales extranjeros, a fin de evitar las indiscreciones que se habían comprobado y que habían permitido al príncipe Kutusof, agregado personal a la Cámara de Su Majestad Guillermo I, enviar a San Petersburgo informes sobre puntos de concentración y vías férreas estratégicas previstas por el Estado Mayor alemán en caso de una contienda con Rusia y que provocaron por parte de Rusia medidas preventivas que el Estado Mayor alemán no podía explicarse. Conocí después, en 1892, al príncipe Kutusof, nieto del célebre general ruso de la campaña de 1805 y que fué el adversario de Napoleón en la memorable batalla de Austerlitz. En Alemania, gracias a las facilidades que me fueron dadas y que me había conseguido la Legación, entonces a cargo de don Guillermo Matta, y en la cual se encontraba mi eminente amigo Valentín Letelier, pude comprender que nos encontrábamos dos siglos atrasados en materia de reglamentos tácticos y me impuse de los elementos de progreso tan sencillos como admirablemente bien concebidos: textos de enseñanza, de que disponían las escuelas militares prusianas. Durante mi regreso a Chile traduje el guía para el estudio de la táctica y de la fortificación, que el Gobierno adoptó para nuestra Escuela Militar. Esa tra-



Durante las maniobras imperiales en Berlín en 1893. En primera fila, el segundo, comenzando por la izquierda, es el general.

ducción del guía para el estudio de la táctica causó profunda sensación en el Ejército, pues las materias de que trataba eran absolutamente desconocidas y venía a dar los principios del servicio de campaña y el aprovechamiento sistemático del terreno para las tres armas. La publicación de ese libro en Chile inició la transformación de nuestros institutos militares y gracias a la atención con que S. E. don Domingo Santa María acogió las reformas propuestas se echaron las bases de la creación de la Academia de Guerra, paso preliminar para la preparación del personal que más tarde debía formar el Estado Mayor y proporcionar los elementos de la alta ayudaantía. Fueron don Domingo Santa María y Carlos Antúnez, Ministro de Guerra, los que crearon la Academia de Guerra y el Excmo. señor don José Manuel Balmaceda y don Evaristo Sánchez los que abrieron sus aulas y pusieron la máquina en movimiento. Körner y yo hicimos las principales clases tanto de la Academia como de la Escuela Militar y a medida que los jóvenes oficiales se iban penetrando de los modernos reglamentos y de las instituciones militares contemporáneas en los ejércitos europeos, se producía una labor más intensa, una aspiración de ilustrarse que no podía menos que llamar la atención. Körner se asombraba de la facilidad con que los ramos eran asimilados por los alumnos. Pero esa lucha por el progreso encontraba también resistencias que sólo pudo ser vencida gracias a la protección incondicional que nos prestó el Presidente don

José Manuel Balmaceda. Recuerdo que en 1889, altas autoridades militares, manifestaran al Ministerio de Guerra que era incompatible con la disciplina que los subalternos supieran más que los superiores y que, por lo tanto, no habría puestos que dar a los alumnos que iban a salir de la Academia de Guerra y pedían la supresión de ese establecimiento. Haciéndome cargo de esas exigencias, en el discurso que pronuncié en la Escuela Militar en la solemne repartición de premios a los alumnos, dije: "Como sucede en todas partes con toda idea nueva, las instituciones nuevamente formadas han tropezado en los comienzos de su carrera con obstáculos suscitados los unos por la resistencia que toda innovación tiene que afrontar y los otros por la estrechez de mira de aquellos que, desconociendo la importancia de la instrucción o que, refractarios a toda idea de progreso, luchan por la desaparición a fin de nivelar en la común ignorancia a los que con más decidido empeño tratan, a fuerza de trabajo y de estudio, de abrirse paso hacia los puestos superiores del Ejército." El Presidente Balmaceda, que asistía a la repartición de premios, me felicitó por el discurso que acababa de pronunciar, y Julio Bañados, Ministro de Instrucción Pública, me dió un estrecho abrazo en presencia del Presidente. Cuál sería la sorpresa de don José Manuel Balmaceda cuando, al volver a la Moneda, se encontró con un alto funcionario militar que había ido ya a pedir mi arresto por el discurso subversivo que acababa de pronunciar. El Presidente contestó que él me había felicitado y que concordaba personalmente en todo con los conceptos que había expresado. Gracias a este apoyo la evolución pudo continuar. El primer curso de la Academia de Guerra fué compuesto por los jefes y oficiales siguientes: Roberto Goñi, Manuel Aris, Oreste Vela, Juan de Dios Prieto, Alberto Herrera, Juan 2.º Megelholz, Carlos Rojas Arancibia, Guillermo Chaparro, Agustín J. Prieto, Eduardo Gutiérrez, Nemesio Pacheco, Daniel Gacitúa, Oscar Torres, Agustín Echaverría y Aurelio Berengué. Como se ve, formaron parte dos futuros generales y los que han permanecido en el servicio activo todos han llegado al grado de coronel, que ocupan actualmente: Herrera, Echaverría, Chaparro.

—Fué en esa época cuando contrató nuestro Gobierno los servicios de Körner para el Ejército?

Piensa un momento el general, hojea algunos libros que busca en las estanterías y, luego, nos replica:

—Durante mi estadía en Berlín en 1885 tuve oportunidad de imponerme del acierto con que don Guillermo Matta había cumplido la delicada comisión conferida por el Gobierno de contratar un profesor para la Escuela Militar. El Presidente de la República don Domingo Santa María, impresionado por los informes del general en jefe del Ejército del Norte don Patricio Lynch, había ordenado a la Legación que buscara



Retrato tomado en Berlín en 1893



Fotografía tomada durante las maniobras imperiales de 1893 en Berlín. El general Boonen en el grupo de los oficiales extranjeros

la persona competente y don Guillermo Matta la encontró en la persona del capitán de artillería y profesor de las Escuelas Unidas de Artillería e Ingenieros de Charlottenburgo don Emilio Körner. El capitán Körner en ese entonces había cursado, pocos años antes, las aulas de la Academia de Guerra donde tuvo por compañeros de curso a Von Hindenburg y a Meckel, quienes ocuparon el primero y segundo puestos en la clasificación de salida correspondiendo el tercero a Körner. Rara coincidencia: estos tres nombres son el del conquistador de la Polonia, el del organizador del ejército del Japón y el reformador del Ejército de Chile. Körner fué contratado con el grado y sueldo de teniente coronel, o sean doce mil marcos anuales, pagadero en oro de 48 peniques y pocos días después de haber firmado su compromiso con Chile era solicitado por el Gobierno del Celeste Imperio ofreciéndosele la bonita remuneración de dos mil libras esterlinas anuales, además de muchas otras gangas. Körner prefirió, sin embargo, respetando su palabra, venir a trabajar con un ejército cuya campaña contra el Perú había seguido con atención y del cual se manifestaba profundo admirador.

De pronto un ayudante penetra a la sala de trabajo del general: le comunica que por teléfono le llaman del Ministerio de la Gue-

rra. Entonces él se despide de nosotros, nos emplaza para el día siguiente por la mañana. Nos tiende su mano franca.

Aguardamos un momento distrayendo nuestra atención en las estanterías repletas de volúmenes. No transcurren tres minutos cuando resuenan los pasos del general a través de una de las galerías.

Le preguntamos:

—¿Cuál fué, general, su actuación en la revolución del 91?

Y él nos contesta a renglón seguido:

—La contienda civil de 1891 me obligó a separarme de las filas del Ejército. En previsión de los acontecimientos que iban a ocurrir en diciembre de 1890 pedí mi retiro absoluto del Ejército, que, llevado por su cariño, me fué denegado por el entonces Ministro de la Guerra don José Francisco Gana, lo que me obligó a irselo a pedir personalmente a Su Excelencia don José Manuel Balmaceda. Recuerdo, con profunda gratitud, la benevolencia con que el Presidente oyó mi petición y al preguntarme las causas por las cuales me retiraba, como yo le dijera que no quería servir una hora a la dictadura que veía venir, me hizo una erudita ex-

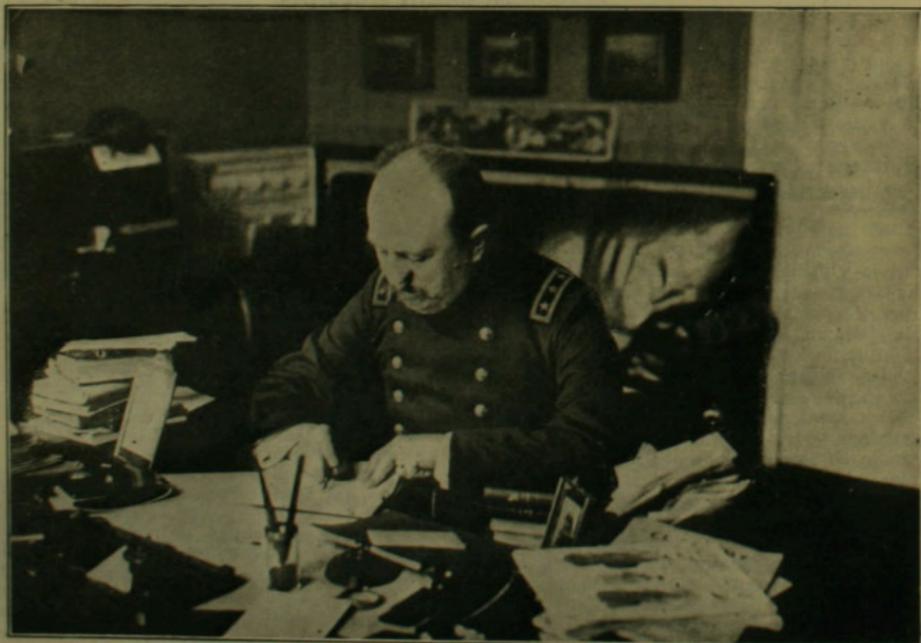
posición de los peligros que envolvía para el futuro de nuestro progreso la imposición parlamentaria, con relación al Poder Ejecutivo que, casi con los mismos términos, hace también Emile Ollivier en su "Historia del Imperio Liberal" cuando trata del régimen parlamentario y de la repartición de la soberanía nacional. Don José Manuel Balmaceda me dijo y he tenido oportunidad de comprobarlo después, al estudiar esas cuestiones, pues indudablemente la Constitución de 1833 había colocado en manos del Presidente de la República la soberanía nacional, que compartía, es cierto, con las dos ramas del Congreso; pero, preguntaba: ¿en quién reside la soberanía en caso de discordancia en el modo de pensar? ¿Podrían las dos Cámaras reivindicar para sí? ¿En qué forma?; las leyes promulgadas por una sola de ella no serían leyes y si no son sancionadas por el Ejecutivo tampoco lo son; por consiguiente, ¿en quién reside la soberanía? Por lo tanto, en un momento de conflicto ¿cuál es el que debe y puede imponerse? Como yo insistiera en retirarme mandó pedir al Ministerio mi solicitud y dió orden de que se despachara en el acto. Tengo la satisfacción de haberme retirado entonces con la estimación de don José Manuel Balmaceda y del general don José Francisco Gana y de Domingo Godoy, que también intervino en mi retiro.

—Al encontrarse fuera del Ejército ¿tomó parte en los preliminares revolucionarios?

—Vea usted: entonces publiqué en "La

Libertad Electoral", traduciéndolo de la obra admirable "Historia de los Príncipes de Condé", por el duque de Aumale, el fragmento que titula **El deber en los tiempos difíciles**, y que es una de las páginas más elocuentes que conozco sobre las dudas y vacilaciones que asaltan a todo funcionario de alta categoría cuando se ve obligado a salir fuera del camino corriente.

Busca un instante el general en su mesa de trabajo y, abriendo un cuaderno de recorres, lee en voz alta: "Toda tiranía es aborrecible—dice el Duque de Aumale.—El hombre de bien tiene el deber de protestar, a todo riesgo, contra el acto tiránico que en su persona alcanza al público, de resistir, de luchar en sí con el peligro de su vida para poner un término a la opresión de todos; no tiene derecho de turbar su patria, de desgarrarla, de llevar a ella la guerra para vengar ofensas personales. El límite es fácil de trazar pero a menudo las aubes lo velan en medio de las tempestades, el ojo trata en vano de encontrarlo. ¿Hasta dónde va el deber? ¿Detenerse es debilidad o es virtud? ¿Pasar más allá es crimen o valor? Veremos el alma de Condé agitada por esta duda punzante; en seguida el héroe sucumbe seducido por los sofismas de ambiciosos subalternos, dominados por las grandezas de sus pasiones. No ha aguardado la hora del arrepentimiento: se ha condenado por sí mismo antes del día del supremo arrepentimiento. Para atenuar esta falta, alta y fieramente confesada, diráse con cierta escuela que la



El general en su gabinete de trabajo

idea de la patria tan viva en la antigüedad, sólo se ha revelado últimamente a las sociedades modernas. Los grandes culpables que la historia ha juzgado no aceptarían la absolución desdeñosa que les ofrecen los autores de una teoría sin fundamento. El prevoste Marcel tenía conciencia de su crimen cuando abrió al inglés las puertas de París y el Condestable de Borbón, conduciendo a los lasquenetes de Carlos V había sido advertido por la voz interior antes de ser llamado al Tribunal de Dios por Bayardo moribundo y cuando en las horas oscuras las miradas inquietas buscan un faro en la sombra, cuando los corazones se extravían y los caracteres desaparecen, escuchemos las voces desoladas que después de cien años de guerra olvidaban Borgoña y Armagnac para reunirse al grito de ¡Viva la Francia! ¡Viva la Patria!



Estado Mayor cuando estuvo en él.

Dice el general y deja caer sobre sus rodillas el cuaderno abierto, exclamando: —¡Qué trozo tan bello! ¡Y en aquellos momentos en que fué publicado tuvo tanta oportunidad!...

Cavila un instante y, luego, prosigue:

—En seguida, en "La Epoca" de 30 de diciembre del año 90 publicaba el artículo **La obediencia militar**, que fué reproducido por la prensa entera del país, y en el cual analizaba la situación en que puede encontrarse todo jefe y oficial en relación a las órdenes que recibe. Estos dos artículos fueron contestados personalmente por don José Manuel Balmaceda en dos editoriales de "La Nación", y como los recortes de los artículos que yo había escrito estuvieran un día, después de la revolución, sobre mi mesa de trabajo en Berlín, los leyó el agregado militar francés, entonces comandante Meunier, y me pidió autorización para enviárselos al Duque de Aumale, del cual había sido ayudante, lo que me valió más tarde el honor de ser presentado al Duque en el castillo de Chantilly por el mismo Meunier y de conocer a una de las personalidades más simpáticas y más atractivas, como era el Duque, que he tenido la oportunidad de tratar. En 1894 el Duque de Aumale me honró con una invitación a almorzar en Chantilly y personalmente me mostró las banderas recogidas por su antecesor el Gran Condé en la batalla de Rocroix en 1645, donde sucumbieron los viejos tercios castellanos, marcando con su muerte el principio de la decadencia del poder español.

—¡Estuvo usted en relación directa con el comité directivo revolucionario?

—Sí: durante los primeros días de la revolución me encontré en contacto con el comité de Santiago, que lo componían Gregorio Donoso, Carlos Walker Martínez y Carlos Besa y pocos días antes de ir a embarcarme en Pichilemu en el transporte "Maipo", escribí para la Junta de Gobierno el segundo manifiesto de la Junta Ejecutiva sobre el Ejército. El viaje que tuvimos que hacer con Joaquín Walker, Patricio, Enrique y Joaquín Larraín Alcalde, Aristides Pinto, Nemesio Dávila, Goñi, Silva Renard, fué duro y penoso, pues salimos de Santiago un día domingo, a las 9 de la noche, y llegamos a Pichilemu el martes a las 4 de la tarde, habiendo hecho, por lo tanto, en cuarenta y tres horas los cuatrocientos kilómetros del camino de Santiago a Pichilemu, por Melipilla y Las Arañas.

—¡Qué recuerdos conserva de la estada revolucionaria en Iquique?

—Durante mi estada en el norte las vicisitudes porque pasamos fueron muchas: días de esperanza y días de profunda angustia. Recuerdo especialmente un día, a mediados de mayo, en que don Jorge Montt me llamó para preguntarme cuál era el estado del armamento de que disponíamos, que no podía ser más pobre, puesto que el fusil Manlicher, que no tenía municiones y los fusiles que se habían recogido en los campos de batalla de Tarapacá o en Pozo Almonte, en las diversas expediciones hacia Antofagasta, Calama, Copiapó, Taena, etc., apenas daban un promedio de 14 ó 15 tiros por fusil y de 20 ó 30 por carabina y carecíamos de proyectiles de artillería; en una palabra, estábamos totalmente desarmados, como lo escribió magistralmente Isidoro Errázuriz en uno de los



El Presidente Roosevelt acompañado por el general Boonen. Instantánea tomada durante el viaje de aquél a Chile en 1913.

editoriales de "La Patria", titulado **El secreto de tres meses**. Me dijo el almirante: "Guarde ésto en la más absoluta reserva. El crucero "Esmeralda" está detenido en las costas de Méjico, sin carbón y se avisaba de Valparaíso que los transportes de que disponía el señor Balmaceda habían salido con rumbo al norte." Fué el día triste de la revolución, pero al día siguiente las noticias eran más favorables y el "Maipo" salía para ir a buscar el valioso cargamento que desde Europa se enviaba a los sostenedores de la causa constitucional. Describir la alegría con que se recibió al "Maipo" en su viaje de regreso, que debía darnos los triunfos de Concón y la Placilla, sería imposible.

—Inmediatamente después de la revolución hizo usted, general, su tercer viaje a Europa?

—Después de los triunfos de Concón y de La Placilla el barón Gudschnid, Ministro de Alemania en Santiago, y a quien yo había conocido íntimamente de secretario en Madrid, me pidió una relación sobre los servicios que nos había prestado el fusil de repetición Manlicher, pues deseaba enviarlo a

su Gobierno. Esta relación, que no pude entregarla en Santiago, pero que prometí hacerlo a mi llegada a Berlín, donde había sido nombrado agregado militar por la Junta de Gobierno y encargado de recibir el material de artillería de costa que el Presidente Balmaceda había contratado en la Casa Krup, que fué cobrado inmediatamente a mi llegada a París por el agregado militar de la Embajada, el mayor Schwarzkopf, y a llegar a Berlín y ser recibido por Su Majestad como agregado militar, el Emperador Guillermo II por sus preguntas me hizo comprender que lo había leído personalmente. Todos los que se han aproximado a Su Majestad Guillermo II deben dar fe de la extraordinaria impresión que causa sobre sus interlocutores la gran preparación y versación de ese soberano sobre todas las cuestiones que aborda. Dos veces he tenido la honra de ser interrogado por Su Majestad sobre asuntos que se relacionan con el desarrollo de nuestras instituciones políticas, militares, comerciales y las disertaciones que él hacía sobre las contestaciones que le daba me llenaron de asombro al ver que conocía menudamente nuestra historia y nuestra evolución moderna. En 1892 se expresó sobre la contienda civil de Chile, sobre el Presidente don José Manuel Balmaceda, en términos tales que parecía que era un chileno que hubiera tomado

parte activa en los sucesos políticos de ese año. El interés con que había leído los informes del barón von Gudschnid y del cónsul en Valparaíso, von Voigretz, se tradujo por los ascensos que les confirió al poco tiempo, pasando a Gudschnid a la Legación del Japón y a von Voigretz a la Legación de Bulgaria. En 1910, cuando fui a buscar los restos del Presidente Montt, en la audiencia que nos concedió en Potsdam. Su Majestad Guillermo II habló sobre la Marina de Chile, el tipo de sus buques, su artillería, y le preguntó al almirante Wilson si en sus nuevas construcciones Chile mantendría el tipo "Esmeralda", que había introducido en la marina universal. Conoció detalles como el fondo de las bahías de Talcahuano y Valparaíso; las seguridades que prestaban para los grandes dreadnoughts, y al tratar de la combinación de la artillería a bordo nos habló de la batalla naval de Tsushima con una precisión de detalles técnicos que nos dejó admirados. El Emperador conocía el estado de nuestra Hacienda Pública y habló de la exposición que Carlos Balmaceda había hecho como Ministro de Hacienda. De

paso diré que esa exposición había llamado la atención en Alemania, donde se la había estudiado minuciosamente, como me lo dijo el vice presidente del Reichs Bank, a cuyo lado tuve la honra de estar en un banquete oficial en Bremen, cuya conversación me hizo ver que conocía mejor nuestra finanza probablemente que muchos de nuestros Ministros. Soy admirador del Emperador Guillermo y al salir de las audiencias que se ha dignado conferirme, siempre me he preguntado de dónde saca tiempo para imponerse de tanto asunto y para dominarlo con tanta seguridad. He sido invitado muchas veces, como agregado militar, a los banquetes en el Palacio de Postdam y entre los recuerdos que tengo conservo algunos menus e invitaciones como usted puede ver. Las invitaciones y los menus, cuando asiste la Emperatriz llevan las armas de las casas de Hohenzollern y de Holstein; cuando el Emperador asiste solo, sólo llevan las armas de Prusia.

Al iniciar el tercer día de conversación con el general, le preguntamos:

—En sus viajes, en sus estadas en las grandes ciudades, en las visitas en las cortes europeas y en las escuelas militares, ¿a qué personalidades recuerda haber tratado y conocido?

—Durante las diversas estadas en Europa, en comisión del servicio, tuve oportunidad de conocer al general don Adolfo Brialmont, que con el tiempo llegó a ser la primera autoridad en el ramo de fortificaciones en Europa. El general Brialmont era casado con una señorita Nicaise, hermana del general del mismo nombre, que a su vez era casado con Carlota Leclercq, sobrina de mi padre. Gracias a estas relaciones de familia, en más de una ocasión, en casa de Carlota, me encontré con el general Brialmont, al cual tuve oportunidad de regalarle la "Historia de la Guerra del Pacífico" por don Diego Barros Arana, obra que le interesó sobremanera, como me lo manifestó en una carta que me escribió a Madrid. Recuerdo, entre las muchas anécdotas que podría referir sobre esta alta personalidad, una que es típica, por cuanto se relaciona con los llamados secretos militares y el servicio de espionaje. Contaba, en efecto, Brialmont, que en 1893, cuando se había proyectado las fortificaciones de Lieja y el ensanche del campo atrincherado de Amberes, quiso ver los que los franceses estaban construyendo alrededor de París y, al efecto, fué a pedirle al general de Cissey, Ministro de Guerra de Francia y presidente del comité de fortificaciones, la autorización del caso para visitar el campo atrincherado de París, autorización que fué negada terminantemente, así como también la de ver los planos referentes a algunos sectores de París. Molesto con esta negativa, Brialmont regresaba a Bruselas

y en el trayecto se le ocurrió un viaje hasta Berlín, a fin de pedirle a Moltke, con quien era íntimo amigo, lo que tuviera con relación a las fortificaciones de París. Moltke llamó a su ayudante y le indicó que fuera a buscar los planos originales de las fortificaciones de París que le habían sido sustraídos, dejándole al Ministro una copia tan admirablemente hecha, que no se había dado cuenta de lo ocurrido. La divulgación de éste trajo como consecuencia una crisis ministerial en Francia, en la cual cayó el Gabinete de Cissey.

—¿Tuvo ocasión de conocer al gran Moltke?

—Nunca tuve oportunidad de ser presentado al mariscal. De sus grandes alumnos he tratado al general von Haessler, con quien estuve en contacto durante las maniobras imperiales de 1893. Von Haessler, después de la batalla de Trombon, en la cual el Emperador había reunido dos divisiones de caballería para lanzarlas sobre el ala izquierda del presunto adversario, al hacer la crítica del episodio, se volvió hacia el Emperador y le dijo: "Majestad, la carne de caballo hubiera quedado muy barata". Igualmente tuve relaciones muy cordiales con Alfredo Krupp, quien recordaba, con minuciosidad, muchas veces las visitas de soberanos que había recibido y me mostró en su castillo de la Hügel los regios presentes que había recibido por su no menos regia hospitalidad. Era un verdadero museo, que sería largo describir, pero no olvido las atenciones que nos prodigaba a todos los chilenos y el recuerdo simpático que hacía del coronel Dublé Almeida. En Berlín tuve oportunidad de conocer muy íntimamente a los famosos profesores de medicina: Kraus, Bandemle-



El general en maniobras

ben, Bergmann y otros, con los cuales, desgraciadamente, tuve que entrar en relaciones profesionales y poner a mi vez en contacto a altas personalidades como a nuestro Presidente don Federico Errázuriz Echáurren, al cardenal García y a Romero Robledo, a quienes llevé personalmente a la clínica del profesor Bergmann, sirviéndoles de intérprete. Como estuve en la clínica de Bergmann y fui operado por él tres veces, pude imponerme de los progresos de la cirugía alemana, pero debo reconocer que nuestros cirujanos, a lo menos con los que he tenido que hacer en Chile, como ser el profesor don Ventura Carvallo y el doctor Carlos Lobo Onell me han atendido con tanto o mayor acierto que el mismo Bergmann, pues a Ventura Carvallo debo la extracción de la bala en el cerebro que recibí en el desafío con el general Canto, y el doctor Lobo Onell acaba de practicar una brillante operación que me ha curado de una larga y molesta enfermedad de la vejiga, cuando ya desesperaba, de obtener un resultado sobre la materia. He estado en relaciones de servicio con casi todos los hombres públicos de Chile y conozco el territorio de la República desde el Tacora hasta el Cabo de Hornos. Quisiera que mis compatriotas se dieran la pena de visitar los magníficos panoramas que nuestro territorio encierra y que tanto superan a los similares de Suiza y de Noruega. La región austral del país, donde se encierran riquezas quizás mayores que las de Tarapacá, es absolutamente desconocida entre nosotros. No hay viaje a Europa que se pueda comparar con un viaje por los canales, sobre todo si se recorre el Canal de Moraleda hasta la península de Taitao; el Seno de la Ultima Esperanza y si se visita el Glacier de la bahía de los Ventisqueros; la bahía Desolada al sur de la península de Brenoch, es un espectáculo maravilloso y el nombre que lleva coincide tan admirablemente puesto que fué bautizada, sucesivamente, por los hermanos Nodales y por Cook, el gran navegante, en dos idiomas distintos con el mismo nombre.

Cerca de la mesa de trabajo del general, colgada en el muro, preside una instantánea en la que aparecen el Presidente Roosevelt y el general, sorprendidos por el objetivo en un instante íntimo. Dicha fotografía trae nuestra última pregunta a flor de labios:

—General, tuvo ocasión de conocer íntimamente a Roosevelt cuando su viaje a Chile?

Y él nos contesta:

—El Presidente Roosevelt, en la visita que nos hizo, me honró conversando conmigo en repetidas ocasiones sobre libros, sobre viajes, sobre nuestro territorio y recuerdo que

cuando visitó la Escuela de Caballería, me preguntó cuáles eran las fuerzas que Chile podía poner sobre las armas; y como yo le contestara que teníamos cuadros y armamentos para constituir un ejército de cien mil hombres, pues lo único que nos preocupaba era crear una fuerza defensiva capaz de nacernos respetar por cualquiera potencia mundial, o sea, en una palabra, de convertirnos en nuez difícil de quebrar, según la expresión inglesa; Roosevelt, por de pronto me contestó nada sino que habló del peligro japonés que podría poner pie en la América del Sur, pues sabía que había oficiales japoneses en la América a fin de imponerse de los progresos americanos; entonces yo le repuse que sabía positivamente que algunos oficiales japoneses habían estado en la construcción del ferrocarril de Arica a La Paz, pero que creía imposible algún proyecto japonés contra nosotros. Roosevelt vió con la mayor atención las evoluciones que le presentó la Escuela de Caballería, admiró la instrucción dada y, al ver el desfile de la Escuela Militar, de dos baterías de artillería, de un escuadrón de caballería, que se habían hecho concurrir al acto para mostrárselos, se acercó nuevamente a mí y me dijo: "General, esta nuez es tan difícil de quebrar, que nadie creo pueda pretender hacerlo".

—De sus campañas periodísticas, de sus colaboraciones en los diarios de sus principales artículos, ¿qué recuerdos conserva?

—Ud. me pregunta sobre los principales artículos que he escrito y polémicas que he tenido. Debo contestarle que, en todas partes donde he estado, me ha hecho cosquillas la pluma. Durante la administración de don José Manuel Balmaceda me tocó defender las reformas militares que se hacían en las columnas de "La Epoca", "La Libertad Electoral", "El Ferrocarril", y después he colaborado en la prensa de la capital, en "El Porvenir", "El Ferrocarril", "El Mercurio", "El Diario Ilustrado", y en la de provincia: en "El Sur", en "El Nacional" de Iquique y en "El Comercio" de Tacna. En el extranjero he escrito en "Le Figaro" de París, en "La Independencia Belga" de Bruselas y en el "New York Herald", como puede usted verlo por los recortes que conservo. Los artículos de más resonancia han sido los que he escrito sobre la Quebrada de Camarones, los de Tarapacá; la polémica sostenida con el general Vergara sobre ferrocarriles transandinos y otros sobre la organización de los institutos superiores del Ejército y algunos de carácter histórico, como ser el escrito en el centenario de Austerlitz, y otros de menor importancia.

